

Soler o la narrativa de la postguerra

Dos resistentes antifranquistas tienen cuentas pendientes que no son solo políticas

IÑAKI EZKERRA



ILUSTRACIÓN
IVÁN MATA

Todavía es pronto para constatar el fenómeno, pero, tras la moda temática de la Guerra Civil en la narrativa española, hay algunos tímidos signos que anuncian una mirada más sosegada hacia la postguerra. En estos días, resurge la atención hacia la figura de Carmen Laforet, la autora de 'Nada' (La editorial Menoscuarto acaba de reeditar 'Mi primer viaje a USA'), y Andrés Trapiello ha publicado 'Madrid, 1945', una versión notablemente ampliada de un libro que se editó en 2001 con parecido título y centrado en el asalto armado de un grupo del Maquis a la subdelegación de Falange del barrio madrileño de Cuatro Caminos. Muy emparentada con la temática y el enfoque del libro de Trapiello, Galaxia Gutenberg rescata en estos días 'El sueño del caimán', una novela que Antonio Soler publicó en 2006 y que trata sobre el asalto que planeó, en los años 50, un grupo de resistentes antifranquistas a un polvorín barcelonés y que constituyó –como el atentado que se narra en 'Madrid, 1945'– un rotundo fracaso poblado de idealismos, traiciones, cárceles y vidas rotas.

Dicha novela pasó desapercibida en su día, bien por culpa de la corta vida que tienen los libros en las grandes mareas de las novedades, bien porque la temática no sintonizaba con las modas entonces vigentes del mercado editorial. Fuera como fuera, dicho rescate se justifica porque esta es una de las mejores entregas novelísticas del escritor malagueño y porque en ella abandona cierto manierismo en el estilo, del que adolecen otras de sus novelas, para entregarse a un tipo de frase corta y cortante, ajena a los adornos poéticos.

La acción de 'El sueño del caimán' se desarrolla en dos tiempos: en la Barcelona de la postguerra, en la que se prepara y se perpetra el atentado, y en el Toronto de los años noventa, adonde uno de los terroristas se fue a refugiar después de pasar nueve años en las cárceles franquistas. De este no se nos dice el nombre a lo largo de un texto que ronda las doscientas páginas y en el que él tiene el papel de personaje principal y de narrador en primera persona. Nuestro hombre es el empleado más antiguo del Hotel Regina en ese puesto y se

halla a medio año de la jubilación. Es entonces, en ese contexto de una vida solitaria de superviviente en la que el pasado no deja de ser una dolorosa referencia, cuando un día cree reconocer a Luis Bielsa, uno de los compañeros de aquella operación frustrada contra la Dictadura, con el cual tiene varias deudas pendientes.

El retrato que la novela nos brinda de Bielsa es un tanto estereotipado. Estamos ante el villano de la historia que se esfumó en los momentos más críticos, no se sabe bien si por una repentina reacción de cobardía o porque era un agente infiltrado del régimen y el responsable de que fracasara la operación. Para colmo, se nos insinúa que hubo una aventura amorosa entre Bielsa y Vera, la mujer ya fallecida del recepcionista, lo que alimenta más en este último el afán de venganza que constituye el verdadero tema del libro. Bielsa se nos presenta como el clásico burgués, incapaz de estar a la altura de sus veleidades izquierdistas. En este sentido, la novela cae en el manido estereotipo de una blandura que se atribuiría a la pertenencia a una clase privilegiada. Estereotipo que no deja de ser, además, un tópico maniqueo, como si los activistas de procedencia obrera hubieran estado libres de incurrir en la deserción y en la traición dentro del arriesgado entramado de la izquierda clandestina de la época. Al contrario que un acierto, dicha concesión al lugar común resta cierta fuerza y verosimilitud al planteamiento novelesco pues lo hace rendirse al cliché simplista y a la misma mala conciencia burguesa que supuestamente se critica y se denuncia.

Aunque la novela se sostiene argumentalmente sobre un presunto suspense –¿delatará el narrador al presunto traidor ante los suyos para que se lleve a cabo su ejecución?– ese plano técnico se superpone a otro que podría denominarse de 'suspense moral' en la decisión que tomará ese recepcionista: ¿merece la pena satisfacer el rencor fraguado durante años? ¿Posee elementos de juicio suficientes para condenar éticamente a ese hombre? ¿No encubre ese deseo de venganza por la supuesta traición otra cuenta pendiente más privada y solapada por esta como es la infidelidad que no asume de su propia esposa? ¿Es totalmente culpable el tal Bielsa de que su vida quedara condenada a una soledad estéril y sombría o una importante parte de esa responsabilidad corresponde a su propio compromiso con la violencia política?



EL SUEÑO DEL
CAIMÁN
ANTONIO
SOLER

Editorial:
Galaxia
Gutenberg.
Páginas: 182.
Precio: 19 euros.



UN HIJO CUALQUIERA
EDUARDO HALFÓN

Editorial: Libros del Asteroide
Páginas: 144. Precio: 14,95 euros.

Tribulaciones no solo filiales

Ya solo por la evocación biográfica que contiene la pieza 'Beni' merece la pena leer 'Un hijo cualquiera', en el que Eduardo Halfón (Guatemala, 1971) reúne fragmentos y episodios de su existencia en un arco temporal que va de su propia infancia al día en el que descubrió con su primer hijo y a través de una decisión un tanto 'traumática' lo que significa ser padre, y comenzó a ejercer. Un hallazgo íntimo que concilia con episodios sobre la inconsciente pulsión infantil de imitar ('Leer calladito' y 'Gefilte Fish'); o los primeros miedos –«He notado que conforme crece mi hijo también crece mi aprensión de padre»–.

No obstante, a pesar del título, el libro contiene otras historias no paternofiliales, algunas vividas en carne propia, que remiten a cuestiones sobre las que el prolífico autor de obras como 'Monasterio' o 'El boxeador polaco' ya ha escrito, con concisión y precisión.

Así, la pubertad (su primera tentativa de novia, que resultó ser antisemita), la iniciación en la lectura ('Historia de mis agujas'), el suicidio ('La puertas abiertas'), su conversión en un 'lector hijo de puta' que no admite «frases flojas, ni cacofonías indeseadas, ni lugares comunes, ni palabras que yacían muertas en la página» ('Unos segundos en París') o el conflicto de su país natal en la espeluznante evocación que hace en 'Beni'.

Magnífica también la pieza 'Papeles sueltos', que plantea el dilema de qué hacer «con las bellas palabras escritas por una mano inmunda» y que comienza con una frase que opera como un imán: «Uno de los mejores libros que he leído es también uno de los peores». Un recurso efectista que también funciona en 'La puerta abierta' –«Mi mejor amigo se ahorcó de la rama de un árbol. Ya no era mi mejor amigo»– y en 'Beni' –«Quería preguntarle si de verdad había tenido que comerse a su propio perro»–. **IÑIGO URRUTIA**